Globethics Repository



Argentina

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	García Lupo, Rogelio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-14 04:00:40
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220711

Nueva Sociedad Nro.108 Julio- Agosto 1990, pp. 6-12

Argentina. Doble vía: del melodrama al drama

García-Lupo, Rogelio

Rogelio García Lupo: Periodista argentino. Corresponsal en Buenos Aires del semanario español Tiempo. En 1989 publicó su octavo libro: Paraguay de Stroessner.

La crisis argentina volverá a estallar con fuerza en el segundo semestre de 1990.

Si bien es cierto que todos los indicadores económicos tienden a confirmar el mismo pronóstico, fue curiosamente esta profecía, lanzada por la esposa del presidente Carlos Menem en medio del arrebato pasional contra su marido, la que surtió el efecto del incendio de una pradera. De este modo, resulta imposible analizar la situación de la Argentina sin detenerse en el significado que la opinión pública le dio a las palabras de Zulema Yoma de Menem cuando a fines de mayo afirmó que «en agosto todo se vendrá abajo». El divorcio de Menem, entonces, es superior al drama personal de sus protagonistas. Para los argentinos, ha sido la primera dama quien lanzó la voz de alerta y mereció crédito al pronosticar la crisis del modelo económico en ejecución, a pesar de que los mismos juicios ya habían sido emitidos por economistas locales y extranjeros de distintas escuelas.

Profecía

La trascendencia pública del presagio de Zulema Yoma fue tan extraordinaria que el ministro de Economía, Erman González, debió responder públicamente que «no hay ninguna razón seria ni ningún indicio para temer algún deslizamiento de la política económica en el mes de agosto». Como los estremecimientos de la sociedad continuaron, se vio en la necesidad de agregar que «tampoco hay ninguna razón para tener miedos».

La causa de la inquietud generalizada que provocó la anticipación de Zulema es que la gente sencilla cree que nadie mejor que su esposa puede conocer la intimidad del presidente y si ella advierte que no quiere «morir como Helena Ceausescu» sería imposible despreciar esa señal de alarma.

Los sondeos de opinión han reflejado el efecto de la profecía de Zulema sobre una masa de votantes a quienes hasta ahora les resulta desagradable hacer balances ne-

gativos sobre un presidente que fue elegido mayoritariamente apenas el año pasado. Pero el estudio más importante efectuado a comienzos de junio reveló que la primera inflexión con signo negativo en la curva de imagen del gobierno se ha producido desde el mes de febrero, cuando explotó la hiperinflación.

Esa investigación de tendencias de los argentinos ha mostrado que la imagen del presidente es tan pobre como en febrero, cuando la hiperinflación devastadora lo dejó, tanto a él personalmente como al gobierno peronista, en niveles muy bajos de valoración pública. El derrumbe entre mayo y junio, asimismo, fue atribuido por los analistas a la reaceleración de la inflación, a su divorcio, a la pérdida de coherencia del gobierno y a las pujas internas del peronismo.

Otro análisis, producto también de una investigación respetable, ha revelado que en mayo de este año el 62,2% de la población de la ciudad de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires, conjunto donde residen alrededor de ó millones de personas en condiciones de votar, ha llegado a la conclusión de que Menem beneficia con su política a la clase alta, invirtiendo una encuesta que apenas dieciocho meses antes registraba un porcentaje del 67,6% entre quienes pensaban que si Menem triunfaba en las elecciones favorecería a la clase baja. En la capital argentina el desencanto es abrumador: el 73,8% opina que el gobierno favorece a los ricos y sólo el 2% mantiene su confianza en que el presidente elegido por los peronistas gobierna para los pobres[1]. El cambio de las expectativas operado en un tiempo muy breve comenzó en agosto de 1989, cuando Menem proclamó su alianza con la trasnacional Bunge & Born, designando al gerente de la corporación como ministro de Economía. Aunque recientemente Menem ha declarado que le agradaría ver a los impopulares magnates Born en la cárcel, aquella alianza que rápidamente se derrumbó hirió de muerte la confianza popular en las intenciones del presidente peronista. El 25% de los que confiaban en un gobierno inclinado hacia los pobres perdió esa ilusión en los primeros treinta días de la gestión económica del ministro Néstor Rapanelli, enviado al gabinete por Bunge & Born. El descubrimiento de que el ministro estaba procesado por la justicia de Venezuela en una investigación de fraudes en importaciones de trigo surtió el efecto que, aunque ahora notablemente ampliado, ha alcanzado Zulema Yoma con su profecía.

[1]La decadencia de la imagen presidencial fue establecida por el Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados, y el cambio de posición de los votantes por el Centro de Estudios para la Nueva Mayoría. Ambos cuentan con la mayor confianza del establishment, especialmente desde que el primero de ellos acertó con escaso margen de error el resultado de las decisiones de Nicaragua.

Recesión

La reanimación de una inflación amenazante se ha producido en un cuadro de disminución económica que, al promediar el año, resultó imposible disimular. El dato más firme para medir la profundidad de la recesión ha sido, en medio de cifras oficiales que provocan desconfianza, el consumo de electricidad. En 1988, el gobierno radical de Raúl Alfonsín soportó una crisis energética que derivó en restricciones al consumo de electricidad, con un previsible saldo de descontento popular. Las limitaciones fueron eliminadas por Menem, cuyos técnicos calcularon que en el primer cuatrimestre de 1990 el consumo de electricidad iba a aumentar el 8%. Sin embargo, resultó inferior en 9% al del primer cuatrimestre del año anterior, cuando la crisis parecía haber tocado fondo.

La medición de la crisis real según el consumo de electricidad es el mejor indicador para los economistas que han perdido la confianza en otros índices. Si bien permitió a Menem lanzar al principio algunas expresiones de euforia, comparando el excedente eléctrico actual con los «apagones» en Buenos Aires de poco tiempo antes, la oportunista ocurrencia ha sido abandonada porque la estadística desnudó una caída atroz del consumo particular e industrial, antes que un incremento de la producción. Los augurios oficiales han reconocido que en el segundo cuatrimestre (que concluye en el fatídico agosto de Zulema) el consumo podría crecer apenas en el 1,7%, con lo que se ha dado por sentado que la recesión continuará sólidamente instalada en el país.

Los primeros cuatro meses de 1990 han sepultado a sectores enteros de la industria argentina, donde las pérdidas se consideran irreparables para las pequeñas y medianas empresas, y entre graves y muy graves aún para grupos económicos que, por comodidad, siguen siendo mencionados como modelos de riqueza.

Los indicadores industriales negativos del primer cuatrimestre de 1990, comparados con los de 1989, marcan los siguientes descensos: producción de tractores, 20% menos; de insumos textiles, 25%; de automóviles, 32%; de maquinaria y equipos, 44%, de cemento, 47%; de cocinas, calefones y termotanques, 51%; de insumos y bienes de capital, 52% y de refrigeradores, acondicionadores de aire y lavarropas, 75%.

Este descenso dramático de la actividad industrial ha desintegrado el mercado de trabajo, estimándose la desocupación y subocupación en 1990 en una masa de 2,2 millones de personas en condiciones de trabajar, alrededor del 17% de la pobla-

ción, una cifra que en la región solamente tiene similares en Perú y Venezuela. La población económicamente activa en Argentina es de 13 millones de personas y en las últimas dos décadas jamás se había alcanzado un porcentaje tan elevado. Los analistas de conflictos laborales, entretanto, han señalado que a pesar de que existe cierta propensión a imaginar que la acentuada escasez de trabajo puede atenuar los conflictos sindicales entre quienes aún conservan su puesto, en Argentina aumenta el número de huelgas y paros obreros en relación directa con el crecimiento de la desocupación.

Sin la menor intención irónica, se ha jactado de ser la única actividad en pleno desarrollo, con más de 200 empresas legalmente constituidas, la que representa la Cámara Argentina de Empresas de Seguridad. Se trata de compañías que contratan personal de seguridad - por lo general reclutando entre militares y policías retirados del servicio activo - para custodiar supermercados, bancos y directivos de empresas. Periódicamente, este sector próspero aunque solitario de la economía argentina protagoniza algún modesto escándalo, al descubrirse custodios con inquietantes biografías a lo largo de la última dictadura militar.

La apuesta agrícola

El presidente Menem ha continuado ofreciendo respuestas místicas a la crisis. En mayo, sorprendió a los corresponsales extranjeros al declarar su más completa seguridad de que «los pobres de hoy serán los ricos del mañana». Para alcanzar la presidencia Menem utilizó con indudable éxito sentencias breves y apotegmas, autosostenidos en una propia confianza en sí mismo, indudablemente contrapuesta a las dudas racionalistas sobre el futuro que confesaban los líderes del partido radical de Alfonsín.

Pero más allá de la incapacidad de la administración peronista globalmente considerada, o de la personalidad de Menem (ante quien debió rendirse hasta una veterana en pintorescos personajes Latinoamericanos, como Flora Lewis, que lo definió en The New York Times como «inescrutable»), la realidad que golpea a la Argentina es mucho más grave que la suma de un presidente incompetente, un partido de gobierno desquiciado y una oposición (la Unión Cívica Radical) sumida en la perplejidad.

Porque siendo esos factores de extremo peligro para el país, aún más inquietante es el terremoto causado en el mercado internacional de cereales por los recientes acuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que seguramente se verán co-

ronados con la codiciada calificación de «nación más favorecida» para la URSS. En el momento en que Washington otorgue esa condición a la Unión Soviética, los programas de exportación de trigo con subsidio estatal norteamericano van a volcarse a los puertos rusos. Hasta ahora, Washington utilizaba estos programas (conocidos con la sigla EPE) en los mercados con problemas críticos de alimentación, pero sobre todo en aquellos países donde la Comunidad Económica Europea (CEE) ya había penetrado con su trigo subvencionado. La Argentina había incrementado el comercio de trigo con la URSS especialmente en períodos de bloqueo comercial norteamericano, y uno de los rasgos de la última dictadura militar fue que los maniáticos anticomunistas del ejército no vacilaron en desafiar a Washington, intensificando las exportaciones de cereales a Moscú.

Hasta para los militares, entonces, la idea de que el mercado soviético es un mercado cautivo del trigo argentino estaba sólidamente asentada. La reconversión de la economía argentina del semidesarrollo industrial a otra etapa de neta preeminencia agrícola se hizo pensando en la estabilidad de esa ecuación histórica. Pero la rápida evolución de la política mundial y la aproximación comercial de Washington y Moscú amenaza dejar sin compradores a la maquinaria de producción agrícola argentina. El sueño de los productores rurales de encontrar un mercado comercial soviético asegurado, como durante un siglo lo fue Gran Bretaña para las carnes y el trigo argentinos, está derrumbándose dolorosamente por causa de la brutal entrada de Estados Unidos en el comercio subvencionado con la URSS. Menem había reclamado a los productores que sembraran para obtener una cosecha de trigo de 15 millones de toneladas, pero sus propósitos coincidieron con el anuncio del récord de producción en los Estados Unidos, que será un 16,6% mayor que el año anterior, y en Canadá, donde superará en el 6,5% respecto al período precedente. Estados Unidos producirá 70 millones de toneladas de trigo en un mercado mundial con sobreoferta causada por una producción global de 560 millones de toneladas, y sin duda buscará a sus clientes recurriendo a subvenciones gubernamentales, un recurso con que la Argentina no puede ni soñar.

Este es el cuello de botella de la Argentina desindustrializada a golpes de mercado, que despierta como nación especializada en la agricultura, dentro de un planeta donde los precios agrícolas no responden a las leyes del mercado sino a la capacidad de los estados para subvencionar a sus agricultores.

El contexto de la economía mundial es completamente adverso a la Argentina como, posiblemente, para la mayoría de los países latinoamericanos. En el caso argentino, la participación del país en el comercio internacional descendió desde el

2%, hace cuarenta años, a apenas el 0,3% en la actualidad, y las señales que emiten los grandes centros de compra, como la URSS, hacen pensar en nuevos descensos, tal vez hasta el límite mismo de la extinción.

Tecnologías y nacionalismo

La sociedad argentina, entretanto, encuentra enormes dificultades para adaptarse al nuevo mundo y redefinir su papel no solamente en el comercio sino también en la política internacional. Menem asumió rectificaciones de la tradición nacional, como la reanudación incondicional de las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, en febrero pasado, a pesar de que el peronismo había obstruido, juntamente con los mandos militares, cualquier movimiento en esa dirección bajo la anterior administración radical. También debió resignar, en abril de este año, un ambicioso proyecto militar de participación en el mercado mundial de armamentos con un misil que interesa a varios países árabes. A mediados de 1990, Menem aún resistía la firma del Tratado de Tlatelolco sobre no-proliferación de armas nucleares, y había propuesto a Washington una fórmula para control de las salvaguardias nucleares. Sin embargo, parece dudoso que ésta sea por fin aceptada por Estados Unidos, que desea disciplinar a países reacios empleando la persuasiva exigencia de la deuda externa para remover antiguas resistencias.

En este marco, la visita del presidente George Bush a Buenos Aires, en septiembre, sin duda estará centrada en el mismo punto, es decir, que Argentina acepte un sistema de salvaguardias totales, o sea control de su tecnología, instalaciones y material nuclear. Desde Washington se ha dejado saber, por el momento, que la idea de Menem de crear un sistema regional de salvaguardias, a la manera del Euratom, creado en 1958 como organismo de la CEE para el mismo propósito, no contará con su visto bueno.

Las previsibles concesiones de Menem en medio de la revisión global de las relaciones mundiales llegaron a herir a los militares argentinos, cuando uno de los grandes bancos británicos apareció como interesado en comprar las industrias militares del país en proceso de privatización acelerada. La oferta del Morgan Grenfell, un merchant bank de Londres, para fundiciones de hierro, fábricas de ácido sulfúrico, plantas petroquímicas, industrias de tolueno sintético y astilleros navales (incluyendo uno de submarinos, una fantasía que nutrió los sueños de quienes desean retornar a las islas Malvinas para destruir a la flota británica) ha dado espacio a una polémica donde las clásicas reservas nacionalistas de las fuerzas armadas argentinas se estrellaron con el pragmatismo del presidente Menem. El mandatario

prefiere explicar los puntos más irritativos de la privatización de las industrias militares a los propios militares haciéndose acompañar por el embajador de los Estados Unidos, Terence Todman, y por jefes del Comando Sur, radicado en Panamá, cuando éstos realizan recorridos de rutina por la región. Empero, es inevitable que llegue a engendrarse un fuerte sentimiento de humillación si las industrias militares levantadas para la guerra contra los británicos terminan formando parte de un holding inglés.

Promesas incumplidas

En este escenario plagado de obstáculos, Menem y su esposa comenzaron a jugar su drama familiar sin ningún recato y fue una de las primeras acciones de este conflicto la que extendió la idea de que tal vez ella, que vive en el corazón del poder, podría tener razón con su apocalíptico pronóstico de que en agosto se derrumbará el régimen peronista.

La repercusión de la profecía de Zulema Yoma fue suficientemente importante para que el presidente la expulsara de la residencia oficial de Olivos. En realidad, lo que Menem desea eliminar es la ancha base de crédito que otorga a las afirmaciones de su esposa el hecho de que vive con el presidente bajo el mismo techo y, por consiguiente, comparte los secretos de Estado más allá de cualquier reserva institucional.

El torbellino doméstico de los Menem, sin embargo, apenas oculta un verdadero conflicto político, donde el presidente resiste el cerco de grandes familias o clanes árabes, el principal de ellos el de los Yoma, con el respaldo de los Saadi y otros, diseminados en las regiones más pobres de la Argentina, pero con enorme peso económico.

Estos clanes desempeñaron un papel muy importante en la vertiginosa marcha de Menem hacia el poder, primero para derrotar a la corriente de la renovación peronista de Antonio Cafiero y después para financiar los gastos de una campaña electoral que el Partido Justicialista no tenía voluntad de asumir. Los recursos disponibles en Siria, Arabia Saudita, Irak, Irán y algunos Emiratos fueron volcados a la campaña presidencial de Menem, con la garantía de familias dignas de confianza, como la de Zulema, cuyos miembros pertenecen desde hace décadas a la administración de los gobiernos de Siria, Qatar y otros, o bien han trabajado para la Liga Arabe en puestos internacionales.

Zulema, que en ningún momento dejó de proclamar orgullosamente su condición de musulmana (pertenece a la secta alawita), poniendo de paso en duda la conversión de Menem al catolicismo, ha sido en todo momento la garantía personal de que los compromisos del presidente con el mundo árabe se cumplirían.

En cuanto a Menem, no se trata de que haya cambiado sin razón sus compromisos previos con las familias árabes que lo respaldaron en el momento oportuno, sino más bien que le resulta a todas luces imposible cumplir con aquellas promesas sin arriesgar graves colisiones con los Estados Unidos. La producción de misiles en sociedad con gobiernos árabes, la venta de reactores nucleares a Siria, la aportación de uranio enriquecido argentino para las plantas atómicas de Irán, representan, a la hora de concretarse, una hipoteca que Menem no puede levantar sin enfrentar a Washington. Y justamente ha sido Menem el primer presidente peronista para quien la Argentina debería abandonar cualquier reparo histórico o político y alinearse incondicionalmente con los Estados Unidos.

Zulema dentro de la Casa Rosada o de la residencia presidencial de Olivos pasó a ser un incómodo testigo de actos de gobierno, y los miembros de su numerosa familia, esparcidos en posiciones estratégicas del poder, los agentes del cumplimiento de una garantía que a Menem se le hace cuesta arriba cumplir. Por esta causa, el divorcio de los Menem, que por momentos parece una sobreactuación melodramática más que un drama de la vida real, es el cortinado de una disputa por el poder de extensión internacional. A pesar de que los episodios del divorcio dejan al presidente en el desdichado riesgo de pasar a la historia como un pobre diablo, Menem prefiere sin duda que sea así, antes que comiencen a ventilarse sombríos pactos secretos, en primer lugar el acuerdo militar con el fundamentalista coronel Mohammed Alí Seineldin, a quien no tuvo más remedio que excluir del ejército y que se ha refugiado en el círculo íntimo de Zulema Yoma de Menem.

Con una deuda externa de 60 mil millones de dólares y con capitales nacionales emigrados por 50 mil millones de dólares, la Argentina solamente podría reconstruirse con una terapia de confianza y estabilidad prolongadas. Pero los ánimos no dejan de calentarse y una buena muestra de la alterada temperatura nacional es la reyerta pública del presidente y la primera dama.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 108 Julio-Agosto de 1990, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**